

CAPÍTULO III.

UNA MUCHACHA QUE PASA.

XXII.

Antonio andaba «por aquel entonces» medio enamorado.

Una ocasion, hacia ya dos años, se habia encontrado en la calle una muchacha pálida, delgada, de fisonomía espiritual y aire modesto.

Iba tan perfectamente rodeada de una atmósfera de pudor, que nuestro hombre no habia podido menos de aspirar aquella estela púdica que dejaba en pos de sí la jóven, con la avidéz con que se respira el perfume raro de una flor exquisita.

Le llamaron particularmente la atencion su fugitivo apresuramiento, sus ojos bajos y un *no sé qué*, que crugia voluptuosamente con el traje *moiré*, al compás de los pasos.

La frente era blanca, despejada y tersa. La *manteleta* ocultaba una espalda de curvas encantadoras, y de entre los profusos cabellos que caian sobre la parte posterior del cuello, se desprendian dos *listones* rizados color de *lila*, semejantes á dos deditos enguantados que se movian llamando.

Al pasar entre dos transeuntes opuestos, el traje de la muchacha se recogió inevitablemente, y apareció por un momento un pié.

Era un pié delgado, fino, ágil.

Un pié de raso color de nube, no muy pequeño, pero seductor, irreprochable.

Aquel pié fué objeto terrible para Antonio. Pudo haberlo hecho un hombre de estado, un padre de familia.

Durante los tres ó cuatro segundos en que aquel pié quedó descubierto, produjo en nuestro hombre algo inexplicable, raro.

Juan Jacobo Rousseau, al descubrir á la azul *pervinca*, no clavó sobre la flor una mirada mas recta y tenaz que la de Antonio sobre aquel pié coqueto y lleno de atractivo, bajo su elegante botin de raso, adornado cerca de la punta con una rosa y una hebilla de plata.

Casi sintió en su mano ó cerca de sus labios la tersura, el tibio y voluptuoso perfume que emana de todos los encantos de una mujer jóven, elegante y hermosa.

Antonio sintió, no que una mano, sino un pié, le cubria la vista.

Quedó ciego: se enamoró hasta el grado de sentirse en el vacío, en un lóbrego y amargo desconsuelo, al comprender que no era poseedor de una mujer que tenia tales piés.

Payno mismo, el eterno apologista de los piés pequeños y bonitos, no hubiera experimentado lo que Antonio en aquel momento fatal.

Al desaparecer de nuevo aquel encanto bajo los pliegues del vestido, el admirador suspiró «con toda su alma,» puede decirse, y pensó seriamente en apoderarse de todo aquello, tan placentero, tan perfumado, tan elegante y bello.

Signió de lejos á la muchacha; pero la siguió de un modo

exacto, irresistible é inevitable, como si fuera adherido á ella con un hilo invisible.

Por su parte, la jóven comprendió bien pronto que era seguida, y al notarlo, un relámpago de púrpura iluminó instantáneamente su cara.

No volvió, sin embargo, la cabeza de nuevo.

Antonio continuó detrás, ardiente, frenético, loco.

El ataque habia sido brusco y directo.

Ella siguió tranquila, al parecer, é indiferente, sin pensar que acababa de abrir, no con su mano, sino con su pié, una nueva era en la vida de un hombre.

Causas pequeñas suelen producir grandes efectos. *Él* sintió en ser el Adán de aquella Eva, llena de pudor y de atractivo, y la siguió hasta su casa.

Al entrar en ella volvió de nuevo la cabeza, llena de curiosidad, y viendo á Antonio parado enfrente, tornó á ruborizarse: se puso extremadamente séria, y así se perdió en la escalera. Grave, circunspecta, imperturbable.

Nuestro hombre quedó parado, extático por algunos momentos; pero nadie salió al balcon.

Antonio regresó á su casa pensativo, febricitante, bajo el calor de la flama de los deseos. De un deseo vago, decente, acariciador como el perfume de la violeta.....

XXIII.

Una cortesana que *vestida de limpio* desde el toque de oracion, sale á recorrer por la noche ciertas calles, y os encuentra, os sigue, os frota al pasar con la falda de su irónico vestido blanco, y os adelanta en fin, tosiendo y volviendo la cara que no veis, solo os provoca desprecio ó lástima, y no pudiera pro-

duciros mas agitacion que en las monedas que llevais en el bolsillo de vuestro chaleco.

Una muchacha decente, que apenas osa descubrir su pecho virginal y levantar hácia vos sus púdicos ojos, ó á quien por casualidad descubris la extremidad de un pié, os amenaza seriamente; combate de un modo, acaso tan inocente como eficaz, vuestra criminal soltería, os reprocha vuestro aislamiento, os arrastra irresistiblemente al cumplimiento de un deber consagrado en el paraíso.....

¡Oh!..... una jóven simpática, vestida con mas ó menos gusto, ó si se quiere, con mayor ó menor elegancia, que con un movimiento de cabeza gachon y zalamero, con una manecita inquieta bajo su ajustado guante, con la desviacion repentina del trage bajo el soplo de un malicioso céfiro..... una muchacha así, un objeto por el estilo, que logra sorprender una mirada, una sola, á vuestra indolente y egoista indiferencia, pronto os arrebatará del todo..... tened cuidado, que acaso no podreis evadiros..... le pertenecereis..... os pone por lo menos en inminente riesgo de casaros.....

XXIV.

Antonio en todo pensó, menos en esto.

Esto, es la verdad, y las verdades son por cierto de lo que menos se ocupa un enamorado.

No quiere esto decir, sin embargo, que un enamorado suela siempre ocuparse de mentiras, sino que no siempre suele ocuparse de verdades.

Antonio llegó á su casa; y en su caso, un hombre que llega á su casa, obedece física y exteriormente á otra operacion puramente intelectual:

Concentrarse.

Se estuvo en su casa sin hacer absolutamente nada.

Pensaba solamente, ó algo peor: *se acordaba*.

Á las ocho de la noche se desnudó y se metió en la cama.

Tomó una novela francesa, furiosamente erótica Abrió el volúmen, y entre sus primeras páginas halló un grabado.

Era una de esas figuras espirituales, flexibles y desnudas de Tony Johannot.

Arrojó un suspiro impregnado, por decirlo así, de *escuela francesa*; un suspiro que bien pudo haber brotado de un corazón de estudiante alemán, espectador por la vez primera en el baile de la Opera de Paris.

Sin duda así sollozó su ardiente y voluptuoso amor el blanco cisne de Leda, ó Apolo al abrazar un árbol creyendo abrazar á una pastora ó Juan Jacobo Rousseau, cuando caduco y moribundo tributaba caricias, puramente imaginarias, al recuerdo lleno de fuego de Mine. de Warens.

Volvió Antonio varias páginas de aquel libro, pero no había mas grabados.

El libro solo tenía uno, y el resto estaba plenamente ocupado de conceptos aglomerados de un modo denso, compacto, oprimido dentro de las páginas.

Tornó á clavarse la vista del enamorado en una de ellas, pero de un modo inmóvil, fijo.

Si leía, no era por cierto en aquel libro.

Trascurrió largo rato, y Antonio, al fin, sin apartar la vista del libro, murmuró de un modo vago, pero que revelaba bien su único pensamiento, estas dos palabras:

«¡Qué piés!».....

Después apagó la vela, como quien apaga una idea fija que incomoda.

Pero al quedar á oscuras sintió que con un movimiento ins-

tantáneo, saltaba en su mente una imágen rara, reproducida con una precision y exactitud fotográficas.

Una imágen singular, extraordinaria.

Entre los informes pelotones de tinieblas que invadieron la atmósfera del aposento al matar la luz, Antonio creyó ver dibujarse distintamente la figura de una amplia falda mujeril, undulante, atractiva, perfumada, recogida irregularmente hácia cierta parte, como el pétalo roto de una gran flor.

Por allí se dejaba ver un pié enano, jugueton, coqueto, con su lisa epidermis de raso, con su rosa cerca de la extremidad.

Un pié aprisionado, túrgido, tibio, sin tacha, peligroso en fin, acariciado por blancos y vaporosos encajes, confusos y abundantes.

Antonio vió todo aquello con claridad, precisamente en donde nada puede verse. Entre las tinieblas.

Aquello era, si se quiere, casto sobremanera: nada tenía de particular; pero le ahuyentó el sueño por toda la noche.

Toda la noche tuvo ante sus ojos aquel espectáculo tan extraño como agradable.

Parecia que aquella nube de encajes y blondas había descendido desde no sé qué cielo de placer, trayendo envuelto entre sus orlas blancas aquel pié seductor, aquel encanto femenino con todo su atractivo, y lo había colgado en el aire sin luz de la recámara, para fatigar la imaginacion de aquel loco, y no dejarle un momento de tranquilidad ni permitirle dormir un segundo.

La vision duró toda la noche.

Antonio se desveló.

Cerca, sin duda, del amanecer quiso ver otra cosa.

Pretendió buscar entre los pliegues sombríos de su fascinada imaginacion un recuerdo del resto de aquella muchacha.

Pero fué en vano.

Nada pudo recordar sino la falda, el pié, el perfume, el crujir del traje.....

Un diablo burlon embozado en sombras, tomaba de las sombras con su pincel maldito esos colores quiméricos é inverosímiles con que el jóven veia reproducida una parte nada mas de la vision.

Á cierta altura todo era sombra, tinieblas, caos, rodando, negro y silencioso, por la atmósfera.

Si exasperado aquel hombre en vela, hubiese pretendido forzar al demonio de su imaginacion á trazar líneas regulares, obedeciendo una prescripcion artística y completando de inferior á superior el cuadro, para determinar la figura simpática y vaporosa de aquella especie de embrollo femenino, el diablo de la imaginacion de aquel hombre fascinado, hubiera trazado en el vacío, por via de complemento, un torbellino cualquiera de sombras, un monstruo ridículo, confuso, sin orden, sin aspecto ni significacion de cosa alguna.

Pugnaba el hombre por recordar el resto del cuerpo, la cara, las facciones de la muchacha, y resistia la imaginacion á seguir el contorno interrumpido á cierta altura, como un figurin de modas roto horizontalmente á la mitad.

Repentinamente un rayo de luz vino como una estocada á romper aquel nublado de créspones.

Antonio vió desbaratarse y desaparecer aquella mitad de mujer de sombras. Se le evaporó con toda su mágica y misteriosa belleza. Se le abismó sin ruido, como un velo de gasa que cae.....

Entonces el hombre alcanzó á recordar algo.

—¡Oh!—dijo, llevando ambas manos á la frente que ardia;—con razon, si.... no vi de esta mujer mas que los piés.... no me fijé en ella..... no vi cómo era lo demas..... no la conozco..... ¿Cómo es?.....

Meditó algunos instantes con las manos perdidas entre los cabellos.

Despues, allí solo y á oscuras, se puso á reir á carcajadas, y al envolverse en sus ropas, dijo alegremente, entre bostezos y risas, estas dos únicas palabras:

—¡Qué bárbaro!.....

Pocos momentos despues dormia profundamente.

33053